

bad;» son tan veladas y enclausuladas, que el absolutismo ó á lo menos el buracrotismo pudo apoyarse en él lo mismo que el liberalismo...

»La importancia civilizadora de Hegel para su propio país y para todo el mundo civilizado, descansa en que conceptuaba la razón como la verdadera esencia de todo sér, é introdujo metódicamente la libre conciencia de la razón universal en toda la extensión de la ciencia. Sabido es que resumió su sistema en la siguiente proclama de la soberanía absoluta de la razón: «Todo lo real es racional, y



DUCIS

sentía por los filósofos que no claudicaban con sus ideas y que sabían sostenerlas á pesar de las persecuciones de que les hacía víctima el soberbio y despótico Hegel, que nunca sufrió ni la contradicción discreta.

Todo lo que Hegel sacrificó á su posición oficial en la corte de Berlín, es lo que le falta para que el pedestal de su gloria llegue no ya á la altura del de Kant, sino al de otros maestros más humildes, mártires de su fe y de su idea.

Hegel quiso ser ante todo el filósofo de su tiempo, y por esto quiso serlo á la vez de los absolutistas y de los liberales. Liberal en el fondo, afirmó la independencia de la razón que sometía á todos los órdenes de la disciplina del Estado, por esto cuando los liberales perdonan á Hegel sus debilidades y compromisos, nace con grande sorpresa de su escuela, esa crítica destructora y demoleadora que, como en venganza de las imposiciones que tuvo que sufrir su maestro, ataca desde luégo la clave de nuestro edi-

ficio político y social existente, escuadrinando no ya las doctrinas reinantes de la Iglesia, de la Iglesia católica ó de la Iglesia protestante, sino la vida y doctrina de su fundador. De modo que es Hegel, el filósofo de la burguesía templada y del buen tono, quien produce un David Federico Strauss, un cristiano Baur, un Luís Feuerbach.

Scherr, pues, no ha podido menos de confesar que en el real filósofo oficial prusiano, el pensamiento filosófico está sacrificado á las conveniencias de momento. De aquí el profundo desprecio que Hege]

ficio político y social existente, escuadrinando no ya las doctrinas reinantes de la Iglesia, de la Iglesia católica ó de la Iglesia protestante, sino la vida y doctrina de su fundador. De modo que es Hegel, el filósofo de la burguesía templada y del buen tono, quien produce un David Federico Strauss, un cristiano Baur, un Luís Feuerbach.

Creemos que ya se habrá notado que es de Prusia de donde parte con nuestro siglo histórico el movimiento reformista y nacional alemán. Por encima de Blücher, de Stein, de Schill, está Kant; al lado del general, del hombre de Estado, del héroe soldado, están los filósofos. Fichte el primero de todos. Al lado de Prusia vencedora en Waterlóo está Hegel. Los grandes poetas de la revancha animan con sus cantos á los húsares de Blücher, y como luégo veremos, también en las artes figuradas, plásticas, Prusia se pone á la cabeza de Alemania. Todo es prusiano en Alemania al acometer la empresa heroica de libertarla de Napoleon. Austria, la

Austria germánica, la que todavía no ha olvidado que su corona imperial se la ponían sus emperadores, se desentendiende del movimiento nacional alemán. Hoefler es sacrificado por su amo; para los alemanes, como Palmer y otros mártires del patriotismo alemán, estos son los mártires del germanismo.

Italia en donde aún tenían en el siglo XVIII literatos de primer orden, la influencia francesa era más poderosa que en ninguna otra nación de Europa, más aún que en Prusia, en donde fué necesario

que apareciera Napoleon para que todo dejara de ser francés. Pero ya cabe el último tercio del siglo dos grandes genios poéticos y dramáticos, Goldoni y Gozzi, el primero fallecido en 1793 y el segundo en 1806, trataron de emancipar á Italia de la influencia francesa, á pesar de lo mucho que Goldoni indudablemente debía á Molière.

Francia misma no tuvo escrúpulo en recibir las comedias de Goldoni, el mejor poeta cómico de su tiempo, no sólo por ser muy bien hechas y entrete-



La poesía callejera á últimos del siglo XVIII. —Angel Pitou

nidas sino por esa misma relación de dependencia que Goldoni ya célebre en Francia y Alemania en donde también se traducían sus obras, quiso en vano romper. Pero si Alemania traducía el teatro de Goldoni y de Gozzi en lo que hasta se emplearon Schiller y Tieck, Italia mantenía especialmente su teatro dramático con los dramas sentimentales y románticos de Iffland y de Kotzebue.

Volvió naturalmente la influencia francesa en Italia con la Revolución. Ya hemos visto como la república tuvo que bajar á sus clásicos campos de batalla para defenderse, y como en ellos encontró jay temporalmente tan sólo Italia su libertad, su independencia y hasta su unidad. En Italia, como en Alemania, los italianos no se reconocieron como amos, de Nápoles á Turín, sino al ver como eran traídos y llevados por Napoleon.

Pero nótese bien, mientras la república da al arte la musa trágica del conde Víctor Alfieri, quien, por desgracia, como poeta, pone siempre sus sentimientos patrióticos y republicanos por encima de las conveniencias escénicas hasta crear obras difíciles en el teatro cuanto son admirables para la lectura y la educación de la juventud de la patria, el Consulado, el Imperio no llega á fijar en su historia el nombre de esos mismos grandes escritores italianos á quienes puede llegar á corromper pero no dominar.

Monte, que fallece en 1828, mientras Alfieri canta la libertad y la república, da celos al egregio conde y le disputa sus triunfos. Cuando luégo su pluma se pone al servicio de Napoleon, en donde no se para, pues pasa después al servicio del Papa, el genio de Monte se arrastra penosamente, hasta morir ignorado.

Se comprende en Italia perfectamente un Hugo Fóscolo, un hombre de temperamento ardiente capaz de todas las virtudes, de todos los heroísmos y que se ve una y otra vez burlado en sus afecciones por el déspota general de Italia, que desde el primer día convirtió á la bella península en meretriz que prestaba á propios y á extraños según sus pocas escrupulosas conveniencias.

Por esto Fóscolo, escribe sus *Últimas cartas de Jacopo Ortiz*,—1802,—imitación de Goethe, *Las pasiones de Werther*, y delira y es escéptico en todo, en religión, en política y en amor. Fóscolo ha creído y ve á la iglesia de su tiempo acomodarse con los reyes que pactan y se unen con el enemigo de la religión; ha sido un republicano ardiente, y ve como el creador de las repúblicas italianas hace de ellas reinos y ducados monárquicos, según mejor interesa á su política personal, sin que al parecer interese esto gran cosa á los pueblos que se acuestan republicanos para despertar monárquicos como si nada hubiese pasado; ha amado, y ve que el amor en su tiempo es coquetería cuando menos. Las mujeres fuertes de la época hablan de la independencia de su corazón, y como las *Lotas*, de Goethe, cuando llegan á fijarse, saben repartirse el corazón de un hombre que después de todo no ama á ninguna de ellas, ó como los hombres que acosan á la Recamier y la persiguen en su tocador y la escoltan en sus viajes por la misma Italia, quienes también se resignan á recibir lo poco ó nada que su ilustre é incomprendible amiga les concede en recompensa, sin duda, de su sumisión incondicional á sus caprichos de reina de la moda.

Fóscolo, pues, tenía razón en dudar de todo, en desconfiar de todo y en marchar rápidamente á los *Sepulcros* de 1808, en donde ya se había enterrado todo lo que había hecho palpar de entusiasmo á Europa en los últimos años del siglo XVIII.

Nada es posible decir de la literatura de los países eslavos por las épocas que reseñamos. Polonia en donde por su larga historia hubiera debido ya la literatura tener un centro, no lo tuvo jamás. En sus días de gloria, sus continuas turbulencias políticas y la desenfadada vida de su aristocracia no daba á la pluma motivos para que cantase ó ensalzase la virtud. La literatura alemana era la suya. Al llegar á las horas tristes, la inminente perspectiva de la destrucción de la patria hubiera podido inspirar á un Tirteo, pero recuérdese lo que hemos dicho en nuestra parte historial, el espíritu de sacrificio faltó á aquel pueblo que luégo tan simpático se ha hecho á Europa por sus reivindicaciones.

Rusia no existía todavía para la literatura. Apenas acaba de reunir esa nación á tantos y tan diversos pueblos, bárbaros ó semi-bárbaros los más, cuando Napoleon fué á poner sobre el yunque aquella joven nación, la más joven de Europa, creyendo deshacerla al primer martillazo, pero tantos hubo de dar para conseguirlo, que con tremenda sorpresa suya vió que todo su trabajo no había servido más que para hacerla más fuerte é inquebrantable. Terminada la obra de Napoleon es cuando principia en la patria fuerte y unida la literatura eslava.

En los países escandinavos al compás de las aspiraciones de Alemania para tener una literatura nacional, fueron desarrollándose las de dinamarqueses y noruegos para tener una literatura escandinava.

Klopstock ejerció en Dinamarca tan decisiva influencia que Ewald que murió en 1782 se echó tras sus doctrinas y aspiraciones para crear una literatura nacional. Dado el impulso se fué trabajando siempre sobre el patrón alemán, siendo Wieland, como era ya de esperar, el autor favorito, pues no debe olvidarse que los poetas dinamarqueses lo mismo escribían, en general, en su propia lengua, que en la alemana. Baggesen, muerto en 1826, es el más notable de todos en uno y otro concepto.

Esta intimidación con Alemania hizo que Steffens, discípulo de Schelling introdujese el romanticismo que despertó el culto por Shakespeare que aún dura, viniendo á paralizar como de golpe, todo ulterior influjo de Alemania, resultando puramente nominal la influencia de Schiller y Goethe. Considerado Shakespeare, por los asuntos que trató, como poeta nacional, la imitación de Shakespeare despertó, naturalmente, la idea de ir á buscar en el fondo de tradiciones escandinavas, en sus antiguos cantos, la fuente de inspiraciones realmente originales y típicas, siendo la Suecia, hasta primeros de siglo supeditada al influjo de Francia, la que con el poeta Thordild, que falleció en 1808, entró de una manera más resuelta por este camino. Dado ya el empuje fundóse en Upsala la sociedad literaria intitulada *Aurora* que quería unir á Shakespeare y Ossian, Klopstock y Goethe, pero contra este cosmopolitismo que hubiera impedido el florecimiento de la literatura sueca, formóse en 1810 una corriente francamente nacional, goda, *goeterna*, en la que se distinguió especialmente Isaías Tegner,—1782-1846,—de quien volveremos á hablar más adelante.

Hemos dejado para este lugar la literatura húngara porque ya no la literatura, ni la lengua existía en Hungría, como lengua literaria en el pasado si-

glo. Fué preciso que los húngaros vieran poco menos que perdida para siempre su nacionalidad con el decreto de germanización de José II emperador de Austria, para acordarse de su lengua y de su literatura recordando que un pueblo vive mientras vive su lengua. Modestísimos, pues, hubieron de ser sus comienzos literarios, pero al sentirse herido el sentimiento nacional encontró un Ladislao Szabo, un Alejandro Kisfaludy y un Himfy, quienes hicieron amar la patria en las bellezas de su lengua, de su poesía y en las imitaciones de sus cantos y baladas populares.

Réstanos hablar de nuestra España que también tiene algunos nombres que recordar á la posteridad.

Con la dinastía austriaca, dígame lo que se quiera, murió todo, ya fuera causa ó efecto de nuestra decadencia ó no dicha dinastía. Lo cierto es que con Carlos II todo se consume y acaba y que principiamos el siglo XVIII en el mayor desamparo. Ciertamente son de recordar los nombres de Aguirre y de Nicolás Antonio por sus obras enciclopédicas, es decir, la *Colección de Cánones de la Iglesia española*, del primero, y las dos *Bibliotecas antigua y nueva*, del segundo, pero el mismo carácter de estas obras indica nuestra postración, pues, si las colecciones y enciclopedias en épocas de grande actividad literaria son su mejor signo por deberse considerar como instrumentos del trabajo, en las épocas de decadencia ó de ruina no representan más que la cantidad mayor que de cada materia puede resistir la sociedad de su tiempo ó el esfuerzo patriótico individual del que quiere restaurar con el ejemplo lo perdido. La verdadera significación de las obras de Aguirre y Nicolás Antonio es otra: por una parte son el coronamiento, el resultado del movimiento literario del siglo XVII que no fué menguado para España, y de otra significa la imposibilidad de que mueran en una nación de grande vida histórica los estudios históricos; así vamos á ver como en el siglo XVIII los estudios históricos están á grande altura cuando en los demás ramos de la literatura todo acaba por morir de una manera tan completa que no es metafórico el tratar de su renacimiento.

Con el cambio de dinastía y la invasión de la influencia francesa hubieron algunos ramos de la literatura sentirse alentados, otros, por lo contrario, recibieron más rudo golpe, tanto que se llegó á escribir contra el teatro de Lope y Calderón en nombre de una ciencia retórica enemiga de todo lo genial, preceptista hasta lo absurdo que acabó por completo con nuestro teatro. Acabar con el teatro quiere decir acabar con todos los géneros de poe-

sía. Para dar nombres, diremos que, esta es la época de los Zabalas, los Valladares y Comellas. Estos fueron los dramáticos del siglo XVIII, porque el pueblo, el público prefería las chavacanas tragedias de estos desdichados autores á las imposibles obras de los clásicos Montiano, Ayala y Moratín el padre, tan imposibles que muchas de ellas no llegaron á pisar las tablas más que de las tertulias de los eruditos en donde eran celebradas por su sujeción á la regla.

¿La novela? No existía.

Pues bien, en tanto la literatura científica histórica era llevada por buen camino por Nicolás Antonio, Cortés, Salazar y Castro, Berganza, Ferreras, Burriel, los Mayans, el P. Florez, Finestres y Pérez Bayer, á quien los españoles no honramos tanto como los extranjeros, pues, Bayer hizo para la escritura fenicia, poco menos que lo que hizo Champolion después para la escritura egipcia. Este movimiento enérgico alcanzó los venturosos tiempos de Carlos III, animados por el nuevo espíritu del siglo, llamado enciclopedista por unos, volteriano por otros, liberal por los que quieren darle un nombre que tenga significación aún hoy día.

No vayamos ahora á figurarnos que surgen merced á este influjo ó á este espíritu hombres del empuje de Voltaire, de Diderot ó de Rousseau entre nosotros, la suma máxime de lo que podía producir aquí el espíritu del siglo, lo tenemos en el *Teatro crítico* y en las *Cartas eruditas* del P. Feijoo.

Todo su espíritu revolucionario está en ser partidario de los principios newtonianos é implacable enemigo de la superstición, ó por mejor decir, de la miserable explotación de la credulidad de nuestro pueblo por los curas y los frailes que de una manera tan lamentable abundaban en España. Sin duda por esto se ha dicho en nuestros días por un transigente que «Al P. Feijoo se le debiera erigir una estatua, y al pié de ella quemar sus escritos.» Pero por el crítico y su escuela lo sentimos, nuestro tiempo lo que ha hecho ha sido elevar una estatua al P. Feijoo y poner al pié de ella la colección de sus escritos publicados por la *Biblioteca de autores españoles* del catalán Rivadeneyra.

Feijoo, á quien tan mal se quiere, nació en 1676 y en 1688 abrazaba ó recibía la cogulla de San Benito. Mientras duró su vida de profesor de teología, que duró cuarenta años, Feijoo interesó sólo á sus discípulos; pero apareció en 1726 con su *Teatro crítico* á cuyos VII tomos que siguieron su tomo VIII y sus *Cartas eruditas*, y desde este momento, Feijoo